



Crónica Literaria

Por ALONE

MEMORIAS DE "EL LOCO PEPE"

Nunca antes que su ilustre colega Jean Genet, que llama uno de sus libros "Journal d'un Voleur", no se atrevió "El Loco Pepe" a bautizar el suyo "Memorias de un Ladrón".

Era exactamente el título que le correspondía.

No deja de resultar curiosa esa timidez en hombre tan resuelto y que en parte alguna de su obra muestra escrúpulos ni se le ocurre pensar en sus víctimas.

Robos y asaltos, armado de revólver, los planes y realta como quien prepara una negociación perfecta. Al referirlos no omite circunstancias agravantes ni tampoco las alega como disculpa. Simplemente dice que necesitaba dinero y pronto se lo procuró. El hecho de "apoderarse de la ajena contra la voluntad de su dueño" jamás le intranquiliza la conciencia.

Tiene, no obstante, su moral.

Ella se advierte cuando llega a sus juicios, define los procedimientos de sus carcerales y analiza la conducta de la prensa.

Sus palabras son entonces tan severas como terminantes.

Véase un episodio. El y sus amigos pasaban apuros y necesitaban una fuente de ingresos.

"Por suerte ya se tenía un candidato —pág. 118— era un individuo que todos los días, a las tres, llegaba a su casa con el producto de las ventas diarias de un negocio que tenía en el Matadero. Para ello, lo primero era conseguir un coche. En la Estación Central encontré el indicado: un Ford del año 41. Nos estacionamos en la cercanía de la casa de nuestro cliente. Llegó, sigilando sus costumbres, y cruzó hacia su domicilio. Alcanzó la puerta y hurgó en sus bolsillos por la llave. Yo me acerqué silenciosamente y de un manotón le arrebaté el portador-cuentas que llevaba bajo el brazo y corrí hacia el auto. El demudado gritaba anhelante, pero nadie hacía caso de él. Un trabajo perfecto. Antes de regresar abandonamos el coche robado. Volví la seriedad a nuestras vidas. [Lo que hace el dinero! Ni siquiera les daba bola a las noticias de los diarios, que, las más de las veces, eran falsas, como casi todas las que publican los diarios de Chile. De todos los países que he recorrido, nunca he visto prensa tan mentirosa como la de Chile: inventan lo que se les viene en gana; la cuestión es tener tiraje y titulares sensacionalistas. Por lo mismo, no me preocupaban".

Toda una lección oportuna y autorizada para confirmar el veredicto que en cierta tribuna acaba de formular un concepto parecido. "El Loco Pepe" no hace diferencias.

Con la justicia es menos terminante. No obstante, se ve que, a su juicio, nuestro régimen judicial necesita una reforma "rápida, drástica y masiva", que remueva las estructuras profundas, empezando por cero; lo cual es una justificación que también evoca resonancias. "Considero completamente anacrónico el sistema judicial —escribe, pág. 148—, como asimismo el régimen carcelario del Servicio de Prisiones de Chile, que más que anacrónico

es colonial. Prueba evidente de ello es que todavía no existe en las prisiones de Chile un veterinario...". El tema le interesa y lo desarrolla con amplitud. Cada vez que el autor lograba éxito en alguna de sus empresas, los "resueltos" públicos recibían la mayor parte de las penas.

Pero desfiguramos el carácter de esta obra si únicamente la presentáramos en su aspecto moral.

La verdad es que se trata de una historia de aventuras policíacas recogidas de primera mano, la mano del protagonista, y contadas con una velocidad, un paso vivo y ligero, una animación y un interés pocas veces visto en las letras chilenas y que tampoco abundan en las argentinas, a que la obra pertenece aparentemente. ¡!

Porque así como son inseguras las consideraciones legales y jurídicas del autor, parte demasiado interesada, no es del todo firme la paternidad de la obra. Pásemos aquí terreno resbaladizo.

Las declaraciones del protagonista, don Rodrigo Quijada, acentúan la sospecha:

"He aquí —escribe— una introducción necesaria para los maleficientes. Las memorias de Rubio —o del "Loco Pepe"— le pertenecen en integridad. Por más que se busquen asesores o colaboradores, texto, historia y personajes que circundan a éste le son inseparables. Y ahora algunas advertencias. El autor no es un literato. Desconoce epígrafos y rúbricas, no ha leído a Cortázar ni tiene nociones del "nouveau roman"; ignora, asimismo, la técnica del monólogo interior y los desarrollos paralelos".

En este libro la razón. La técnica literaria de "El Loco Pepe" se parece a la que emplearon Benvenuto Cellini en sus memorias y Gil Blas de Santillana. Ella podría resumirse en eliminar palabras inútiles, rebajar preliminares y circunloquios e ir, como la más leída sección de una revista semanal, "derecho al grano".

Sólo que esta técnica es difícil y parece raro que el autor sólo ahora, en plena madurez, haya descubierto sus defectos. ¿Cómo no discurriría aprovecharlos antes? Además, por mala memoria que tengan los lectores no habrán olvidado que justamente el señor Quijada, en compañía de su amigo Beñón, personaje muy misterioso, les pasó gato por liebre no hace mucho a los miembros de un jurado literario, logrando un premio de dos millones bajo un hábil disfraz.

De todas maneras, el autor y sus circunstancias son un accesorio; lo que importa es la obra misma. Y no cabe discutir que ésta tiene vida, interesa increíblemente y entretiene desde el principio hasta el fin, tanto por sus cualidades como por sus defectos.

"DICCIONARIO POLITICO DE CHILE", por Lia Cortés y Jordi Fuentes (Orbe)

El que descuidadamente se entra por las alibéticas avindas de este libro, a poco de andar empieza a sufrir una impresión extraña: parece que los seres y las cosas se hubieran emparejado, que, progresivamente, perdieran, primero el sabor, luego el color, por último su peso específico. Como si estuvieran desmaterializándose, personas y personajes desfilan en calidad de

fantasmas, mas no de los que atemorizan y ahuyentan, sino de los incorpóreos, inesistentes que cruzan los sueños. El mundo, el vasto mundo, perdida su variedad, carece de interés o importancia. En el dominio de la igualdad perfecta, donde nadie vale más que nadie y las cosas, privadas de relieve, apenas se perciben.

Si, pese a todo, se prolonga la experiencia, el lector mismo empieza a flotar en una especie de vacío que amenaza tragárselo; le falta el aire, sobrevienen síntomas de asfixia.

Cuando, sorprendido y alarmado, vuelve atrás y lee el prólogo, descubre, no sin alivio, la clave.

El autor y la autora declaran allí en una prosa vibrante y rápida el propósito que tuvieron al componer este Diccionario: ante toda querria, mostrarse imparciales, alejar cualquier sospecha de partidismo y borrar la menor huella de antipatía o simpatía. En otras palabras, realizar una historia absolutamente desafectada de juicios y prejuicios, sin teorías, sin ideas, incluso sin adjetivos que implicaran calificación, aprobación o reprobatória.

Era, a juicio de los editores y de ellos mismos, la única manera de proporcionar al público un puro instrumento metódico, un índice de consulta para guiarse por el laberinto de los hechos y de las fechas.

Cumplieron su intención con plenitud y a conciencia, sin apartarse un milímetro del plan. Abandonando su calidad de seres humanos, de criaturas sensibles y pensantes, no sintieron nada, no pensaron nada, convertidos en una máquina fabricadora de fichas. Estrictamente, se murieron.

De ahí que este libro, este excelente libro, este útilísimo libro, dé la impresión de un cementerio y sugiera la imagen de una serie de tumbas con sus lápidas cubiertas de inscripciones.

Está bien. Sólo resta aplaudirlos. Quien abra y recorra las páginas del volumen buscando datos hallará lo que necesita. Es un repertorio enorme, una cantera, un tesoro de informaciones concretas y positivas.

Desde un punto de vista diferente, recibirá el curioso lector previas enseñanzas. Señálemos una.

Desde que autores y críticos toquen una línea se trata en sus filas, cruzada de múltiples reproches que los primeros hacen a los otros; los exigen, sobre todo, imparcialidad, ecuanimidad, objetividad. No dejan llevar de preferencias personales, no pretenden que poetas y novelistas, autores de cuentos o piezas teatrales, se rijan a sus gustos. El crítico no debe obedecer a sus atracciones o repulsiones íntimas, sino expresar únicamente "la verdad" nunca "su verdad".

Pues bien, aquí tenemos el resultado, este Diccionario donde se realiza y entra en funciones la objetividad máxima.

¡Los satisface!

Tema para algunos de esos que denominan "encuentros" y que, por la forma que asumen, suelen parecer encuentros literarios.

Piedra Roja, agosto de 1967

(1) "El Loco Pepe" nació en Buenos Aires.

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1967

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Memorias de "El Loco Pepe" [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile